

NACIDO Y EDUCADO PARA GOBERNAR

Por RAFAEL ATIENZA MEDINA,
MARQUÉS DE SALVATIERRA

NOBLEZA Y POLÍTICA

Quien encabezaba los ejércitos había de encabezar también la política. Disraeli, primer ministro y consejero de la Reina Victoria, pensaba que un nacimiento distinguido exigía la dedicación a la actividad pública y que el tradicional liderazgo político de las familias aristocráticas era una de las fortalezas del sistema británico. Probablemente esa afirmación no la hubieran suscrito muchos de sus contemporáneos, pero lo cierto es que la conexión entre nobleza y política, o, si se prefiere, entre herencia y liderazgo, ha sido muy duradera. Desde tiempos de Roma, el carácter de la nobleza reside, más que en su *status* privilegiado, en su carácter público; la *nobilitas* es “la nobleza que gobierna la república romana.”

En los siglos XI y XII, con los castillos se heredaba la tierra, la administración de justicia y el ejército privado. De ahí viene uno de los privilegios de la nobleza: el acceso a cargos públicos. Noble es el nacido y educado para gobernar. Ramón Lull escribe a finales del siglo XIII que el caballero es el más adecuado para gobernar al pueblo en razón de la dignidad de su oficio. Buena parte de los descendientes de la nobleza que administraba

justicia en sus castillos ejerció la administración pública hasta el siglo XIX. Todos los cancilleres que gobernaron Alemania, por poner un ejemplo, desde 1871 hasta el fin de la guerra del 14, pertenecían a la nobleza, así como la mayor parte de sus ministros y embajadores. La nobleza perdió su fortuna y sus privilegios antes que su participación en la vida pública. Pues su función no era ocupar la cúspide de la sociedad, sino la cúspide del estado.

A esta sorprendente permanencia secular de determinadas familias y linajes en los centros de poder contribuyeron instituciones tan combatidas por la Ilustración como el mayorazgo y la primogenitura. Evidentemente, el hijo mayor no tiene por qué estar adornado de mayores virtudes que los demás, pero a cambio se evitaban los conflictos y preferencias familiares, así como la dispersión del patrimonio que había de sustentar la presencia pública del cabeza de familia.

El sistema permitía defender el linaje de la probable incompetencia de muchos primogénitos, siempre que surgiese uno sensato y oportuno de tarde en tarde. Puestos a calcular un hipotético índice de supervivencia a la mediocridad aristocrática, se puede estimar que bastaría con un descendiente medianamente hábil cada tres o cuatro generaciones para que perdurase el linaje. Uno de cada dos sería pedir demasiado, como puede verse leyendo la historia o simplemente observando la vida cotidiana. Uno de cada cinco podría ser insuficiente, pues todo sistema tiene fallas y grietas que pueden dar paso a competidores más astutos o ambiciosos, además de los avatares externos, como guerras, sequías, plagas o matrimonios por amor. Esa hipótesis nos llevaría al índice de un descendiente razonable por siglo, que no está mal como exponente de continuidad. Por supuesto que se dieron familias, tribus y clanes que seguían otros sistemas, quizás más electivos o con apariencia más racional o justa, pero parece que estos linajes no alcanzaron larga duración, al menos en la Europa del último milenio.

El gobierno, la alta administración y la diplomacia siempre han constituido el objetivo de toda aristocracia. El ejercicio del poder, no la riqueza, era la función a la que sentían destinados. De hecho, esa función pública arruinó a numerosas familias de la más alta nobleza. Peregrine Worsthorne, en su libro *In defense of*

aristocracy, publicado en 2004, escribió que, al pertenecer a una antigua familia de cierta relevancia histórica, fue educado en una obligación hacia el servicio público. Contribuir a dirigir la nación era para él lo más natural, desde luego más natural que no entrar en política. Solo una cosa se lo impidió: la falta de medios. La mayor parte de los bienes y patrimonios familiares fueron a su hermano mayor que, en consecuencia, podía permitirse una vida de servicio público que en su caso fue relevante. El entrar en la política sin independencia económica le parecía inapropiado, pues exigiría una obsesión por la carrera política y por la permanencia que podía resultar perjudicial para el buen desarrollo de esa labor. De modo que entró en el *Times* y ha tenido una fructífera carrera como periodista y escritor.

El término aristocracia refiere habitualmente a familias cuya autoridad, prestigio e influencia procede de gestas que realizaron y honores que recibieron sus antepasados. Pero también puede utilizarse para referirse a familias cuyo poder y autoridad depende, no tanto de la antigüedad del linaje como de lo que el historiador americano John Lukács llamó “la distinción originada por la vinculación de la familia con la máxima reputación cívica”, es decir, de un currículum familiar de servicio público. De los primeros puede decirse que tenían autoridad porque eran nobles; de los segundos que eran nobles porque tuvieron autoridad durante generaciones. Esta segunda acepción se refiere, al menos en teoría, a la idea de que determinadas familias y linajes representan ciertos valores y tradiciones cívicas porque han demostrado haber servido al interés público durante largo tiempo.

Porque la esencia de las aristocracias es la longevidad. Sin un lugar en la historia y mitología nacional o local, una aristocracia se confunde entre los muchos grupos en busca de poder o distinción. La autoridad de la aristocracia, como la de la teocracia, depende de la fe: la fe del público en esa autoridad y la fe de la aristocracia en sí misma. Sin esa fe toda aristocracia queda en oropel y nostalgia: en volver la vista al pasado no para buscar ejemplo sino como única distinción a falta de otro mérito o motivo de orgullo. Sin esa fe ni la gloria familiar ni la riqueza confieren autoridad alguna. Aunque no basta con la fe, naturalmente, como ya dice la epístola de Santiago.

LA DIFÍCIL FACILIDAD.

Todas las clases dirigentes han sido conscientes de que una educación diferenciada había de acompañar al nacimiento o la fortuna. Para los adolescentes nobles del siglo XII tan importante era el dominio de la equitación y de las artes marciales como la educación en las incipientes cortes señoriales, en las que la vida de la sociedad comienza a ser codificada: en indumentaria o expresión corporal, en urbanidad o lenguaje, se exigían unas reglas comunes que permitiesen a los bien nacidos reconocerse entre ellos.

El que una clase social que se basa en la herencia extreme el interés por la educación es fácil de comprender: incluso los más tradicionales defensores de la transmisión genética de las virtudes admitían que el esfuerzo educativo era necesario si se quería mantener la *natural* superioridad de los nobles. De ahí que desde las cortes medievales se intentasen presentar como innatas las actitudes y habilidades que, obviamente, requerían aprendizaje. El ensayista francés Eric Mension-Rigau, en su estudio sobre la educación de la nobleza francesa publicado en 1997, se refiere a una *excelencia* que los nobles definían como biológica y cultural a la vez, fruto de la voluntad de reivindicar como natural e innato lo que evidentemente responde a un intenso esfuerzo de educación. Así, todo aquello que no se recuerda cuándo o cómo se aprendió, puede pasar a formar parte de la cuota hereditaria.

El cortesano de Castiglione debía comportarse con descuidada desenvoltura; su lenguaje debía parecer espontáneo; debe escribir en prosa y verso, pero no exhibir su obra: es un soldado que se entretiene en escribir - como el Marqués de Santillana o Jorge Manrique- no un poeta que maneja las armas. Debe también conocer la música, y dibujar y pintar, pero todo ello sin aparente esfuerzo. De esta manera la nobleza impone a la civilización occidental el concepto de la cultura como algo desinteresado, como bien propio de una clase desocupada que busca el goce estético e intelectual. Los primeros humanistas, al vivir en la intimidad de un aristócrata, en su ambiente y su corte, contribuyeron a extender el menosprecio por el trabajo manual y en general por quien, obligado a trabajar, carece de tiempo para cultivar las bellas artes.

Esta aristocratización de la cultura ha tenido larga influencia: quizás ahí puedan encontrarse las raíces de ese halo de inspiración, bohemia y facilidad que, desde el romanticismo, rodea el mundo de la creación artística.

Las universidades que se fueron creando desde la Baja Edad Media educaron a una gran parte de la nobleza: los hijos menores necesitaban una formación que les permitiese hacer carrera en la Iglesia o en la Administración. En España las órdenes militares se interesaron, a partir de finales del siglo XV, por la formación de sus miembros; en su capítulo de 1474, la Orden de Santiago acordó la fundación de un colegio en Salamanca para jóvenes caballeros. El Duque de Osuna creó una universidad en su ciudad en el siglo XVI; a lo largo de ese siglo, entre un cuarto y un tercio de la nobleza española acudió a la universidad. Buena parte de las universidades de Castilla, y particularmente los colegios mayores, estaban copados por segundones de familias nobles.

Los estudios universitarios eran indispensables para el importante número de nobles que emprendía la carrera eclesiástica. En las universidades medievales formaban un grupo perfectamente identificado, con su rica vestimenta, sus criados de librea y sus colegios mayores. Su participación entre los altos cargos del aparato eclesial se mantuvo muy alta hasta finales del XVII, y las exigencias en teología, oratoria y derecho eran cada vez mayores. El concordato de 1516, por poner un ejemplo, estipulaba que el rey de Francia sólo podía nombrar obispo a quien fuese doctor en teología o en leyes por una universidad de prestigio.

En el siglo XVII el principal objeto de la educación, en las capas más altas de la aristocracia, era el de facilitar la carrera en la corte. Se daba gran importancia al ceremonial, la etiqueta y la expresión corporal: así las diferencias quedaban manifiestas de inmediato y, sobre todo, eran difíciles de copiar o imitar. Al reducirse la cultura aristocrática a ciertos ambientes, la transmisión de modales o símbolos era imposible de asimilar por otros grupos. Así se fue ampliando el abismo entre la nobleza cortesana y la que se mantenía en la provincia. Un cortesano del siglo XVII, Faret, escribía que la marca distintiva de un caballero era “una gracia natural, que resplandece como luz divina en todos sus ejer-

cicios e incluso en sus actividades más triviales [...] este supremo don de la naturaleza no puede ser aprendido, aunque sí copiado, si bien siempre se advertiría el artificio.”

De ahí que a partir del 1600 se fundaran en toda Europa escuelas y academias de nobles, que se mantuvieron hasta principios del siglo XX. Un panfleto francés de 1614 propone que se reduzcan a cuatro las universidades y se empleen esos recursos en crear una red de academias para la nobleza de provincias. Las materias que se impartían en esas academias demuestran la supervivencia de la tradición medieval: equitación, danza, esgrima y matemática militar. Sin olvidar la ligereza física y dominio del cuerpo y la agudeza y rapidez en el diálogo, muestra también superioridad *natural*: un tratadista escribía que era un don natural en la aristocracia, frente a la elocuencia basada en años de estudio.

EDUCADOS PARA GOBERNAR.

Hasta principios del siglo XX las universidades han sido elitistas tanto por la procedencia de los alumnos como por la educación impartida. Eran instituciones minoritarias a las que sólo tenían acceso las élites, y por otro lado educaban a quienes habían de componer la clase dirigente en sus obligaciones como minoría rectora. Durante siglos se trataba de una minoría de nacimiento, a la que fue añadiéndose una burguesía con recursos, más tarde jóvenes dotados con algún patrocinio, hasta llegar a los diversos sistemas actuales de selección de alumnos. Las siguientes páginas pretenden exponer la evolución de algunos sistemas de enseñanza tan sólo en lo que respecta a la formación de profesionales para el servicio público.

El papel de preparar estudiantes para la vida pública y el servicio a su país ha sido mantenido por las grandes universidades hasta hace bien poco. Sin embargo, a partir de los años setenta el porcentaje de graduados que eligen la empresa privada y en particular las finanzas, frente a las instituciones públicas - ya sean los centros de estudio, la enseñanza, el periodismo y ensayo o directamente la administración o la política- no ha dejado de crecer. Varias son las razones. Por un lado, las motivaciones y aspiraciones de los alumnos seleccionados por su talento no tienen por qué coincidir

con las de los pertenecientes a familias con patrimonio y tradición de servicio público. Por otro, la sociedad de la información y las finanzas ofrecen nuevas oportunidades de enriquecimiento y ascenso profesional. A eso hay que añadir el descrédito de la política y la disminución del prestigio de las élites académicas y universitarias y en general de toda suerte de instituciones. Al hacerse más aleatoria, procelosa y carente de toda intimidad personal la carrera política y al perder su lustre las instituciones que otorgaban una consideración social, el dinero se va convirtiendo en la más importante medida de prestigio o notoriedad.

Esta tendencia se ha incrementado en los últimos años hasta el punto de que los ciudadanos más cualificados o con mejor currículum, salvo las naturales y afortunadas excepciones, huyen de la política como de la peste. Este rechazo del servicio público, esta aversión a ejercer el poder e influir en la sociedad por parte de las élites nunca había alcanzado este grado, y pone en cuestión tanto la función de las grandes universidades de preparar para el servicio al estado, como la cualificación de quienes dirigen el enorme aparato del poder estatal, y hasta la misma expresión *clase dirigente*. De existir dicha clase, por primera vez en la historia permanece oculta. Durante milenios, cada sucesiva oligarquía proclamaba, defendía y exhibía su derecho a mandar. Quien ejercía el poder, ya fueran reyes, nobles o prelados, exhibían su estatus en insignias, trajes y retórica. El poder se ejercía y se representaba: educación, gestualidad, ceremonial y vestimenta hacían ver la pertenencia a una clase dirigente.

¿Quién compone ahora la clase dirigente? Nosotros no, dicen los que quedan de las antiguas aristocracias, somos, más que una élite, unas víctimas de la caricatura y envidia retrospectiva. Nosotros no, dicen los gobernantes, somos sacrificados servidores: la política ya no dignifica ni prestigia, ni siquiera otorga el poder, mandan los mercados y la globalización. Nosotros no, dicen los generales, no cabe élite militar en estos tiempos ni tenemos presupuesto, somos más bien unas fuerzas de paz. Nosotros no, dicen los plutócratas, somos creadores de puestos de trabajo y filántropos en los ratos libres. Nosotros no, dicen los científicos y tecnócratas, la sociedad no nos aprecia como mereceríamos. Nosotros no, dicen los intelectuales, pensar que la sociedad está

dominada por algo parecido a una élite intelectual es un mal chiste. Nosotros no, dicen los clérigos de todo el orbe cristiano. ¿Nosotros? Dicen los sindicalistas, vive usted en el pasado. Las élites dirigentes hoy en día son siempre *otra gente*. Por más que columnistas y tertulianos adviertan de toda suerte de conspiraciones, nadie se reconoce en ese papel. Por primera vez en la historia, ningún sector social admite ser *influyente*. El precio de ser conocido es cada vez mayor en el mundo actual. En una columna de la periodista Leila Guerrirro puede leerse:

En un mundo en el que el prestigio puede destruirse fácil y cuya destrucción puede destruirnos ¿querrá alguien ser prestigioso dentro de algunos años? ¿A cuántas generaciones estamos de que la reputación se transforme en un lastre que, en la carrera por la supervivencia, ya no se pueda cargar? Éramos cazadores recolectores; lo hicimos antes, lo volveremos a hacer: adaptarnos para sobrevivir. Cuando el prestigio se torne insostenible lo aniquilaremos antes de que nos aniquile a nosotros. Es cuestión de tiempo.

Chateaubriand escribió que la aristocracia empezó siendo poder, luego privilegio y por fin vanidad. El intentar pasar desapercibido nunca entró en sus cálculos. La aristocracia, que siempre ha tenido una gran presencia pública, hoy se esconde y aparenta desdeñar sus orígenes. Escritores, políticos, miembros de un consejo de administración o directivos que hayan heredado un título nobiliario lo ocultan celosamente. En la actualidad élites como la nobleza titulada se ven forzadas a optar entre presentar un perfil bajo o convertirse en caricatura. Según su capacidad y profesión será más rentable una cosa o la otra.

Veamos a continuación tres modelos de educación para clases dirigentes y sus más recientes derivas.

Gentlemen para el Imperio Británico

El Reino Unido ha mantenido su imperio hasta la segunda guerra mundial. A principios del siglo XIX uno de cada cinco habitantes del globo era un súbdito de la corona británica. Un inglés con la educación adecuada podía encontrarse, a sus treinta

años, con mando efectivo sobre millones de personas y vastos territorios, dónde legislaba, administraba justicia, mantenía el orden y tenía el uso de la fuerza. Se necesitaban jueces, militares, parlamentarios, burócratas, líderes políticos, diplomáticos, magistrados. Naturalmente, los colegios y universidades británicos tenían que producir clase dirigente, *nacida y educada para gobernar. Gentlemen*, esto es.

De ahí el tipo de educación de los colegios de élite victorianos, uno de los últimos ejemplos de educación aristocrática, con el énfasis en los modales, la responsabilidad, el carácter y la distinción; se trataba de forjar carácter, de endurecer, de enseñar a contenerse y a mandar. Así, los dormitorios helados, los paseos bajo la lluvia, la frugal comida y la exigencia de buena forma física. Y junto a los principios estoicos, la pirámide social: peinarse con la raya en medio o llevar las manos en los bolsillos el primer año suponía un castigo; pero con el tiempo se adquiría el derecho a hacerlo y a castigar a los nuevos si lo hacían. Se empezaba limpiando las botas de los mayores y se terminaba dándolas a limpiar a la siguiente generación.

El aprendizaje de asignaturas o el logro intelectual tenían mucha menos importancia y prácticamente se limitaba a la antigüedad clásica, como correspondía a una sociedad heredera de Grecia y Roma: qué mejor enseñanza para los líderes que griego y latín, Tucídides y Plutarco, las crónicas de la república romana y de los césares. Los ejemplos de gobernantes, la inagotable fuente de citas en latín y la retórica preparaban a los alumnos para la vida pública. Entre 1870 y 1950 alrededor de dos tercios de los hijos de pares ingleses recibieron su formación en Eton. En 1884 dicha escuela tenía veintiocho profesores de clásicas, seis de matemáticas y uno de historia; no había un solo profesor de lengua extranjera ni de ciencias de ninguna clase.

Asimismo, los alumnos tenían que distinguirse de las poblaciones sobre las que mandarían y dar ejemplo de equilibrio y justicia. A este fin en los colegios se enseñaba contención y compostura, frialdad ante la ira o el dolor, calma y decisión ante el peligro. En los colegios de élite victorianos el alumno aprendía a mandar y ser obedecido, a estimular y castigar. Sus virtudes, en palabras de Edward C. Mack, eran buenos modales, estoicismo, honorabilidad y lealtad a su clase. En todo ello resuena aún el viejo discurso de la caballería.

Durante siglos, pues, una serie de *public schools* (escuelas privadas en castellano) y unas pocas universidades han preparado a la clase dirigente para su acceso a los cargos de la administración. Esa ha sido su función hasta hace unas décadas, en las que se han visto dos cambios sustanciales: por un lado, una gran parte de los graduados en los mejores centros huyen del servicio público y buscan su vida profesional en el mundo financiero. Tony Judt, en las memorias dictadas en sus dos últimos años de vida, rememora sus años en Cambridge. En el año 1966, junto con un grupo de jóvenes educados en escuelas gratuitas, entró en el King's College, donde excelentes estudiantes de familias modestas se mezclaban con las clases altas que hasta hacía poco componían la mayoría. Hace hincapié en que ninguno de sus compañeros, que se sentían privilegiados por estudiar en el King's College, tenía por objetivo el alcanzar la prosperidad en el mundo de la empresa privada. En sus propias palabras, pensaban entrar en el servicio público, en los altos niveles de periodismo, en la educación y en la dirección de instituciones sin ánimo de lucro, pues se estimaba que la función de los grandes centros universitarios era la formación de la mejor clase dirigente para la administración del país. El autor lamenta cómo una generación más tarde, los alumnos de ese *college*, fundado en 1441, desdeñan las carreras en la administración y en el servicio público para encauzar su vida en el mundo financiero, el comercio y la abogacía. Define como deprimente la rapidez con que se produjo esta revolución e insiste en que las *afinidades electivas* de su generación eran radicalmente diferentes.

El segundo cambio ha sido el igualitarismo que ha recorrido la enseñanza británica (y europea) a partir de los años setenta. Universidades como Cambridge u Oxford han sido acusadas de clasismo y elitismo. Tony Judt, en las memorias citadas y publicadas en 2010, lamenta el descenso de la excelencia universitaria en las últimas décadas, las reformas contrarias a la tradición elitista universitaria y las tendencias igualitarias que presionan a las mejores universidades a bajar sus niveles de exigencia, tanto para la admisión como para la graduación. Las universidades, escribe Judt, son por definición elitistas y su función es seleccionar a los mejores y prepararlos para que aporten a la sociedad su talento y esfuerzo.

Una aristocracia del futuro para América

La América de los 50 y 60, estaba dominada por las grandes dinastías *Wasp* (acrónimo por *White Anglo Saxon Protestant*): los Adams, los Cabot, los Lodge, los Peabody, los Aldrich, los Roosevelt, los Taft. El presidente Kennedy, un católico de origen irlandés, hijo de un magnate de dudosa reputación, era un advenedizo, pero en lugar de comportarse como un recién llegado ansioso de absorber la sofisticación y cultura *Wasp*, produjo la impresión de que por fin un verdadero aristócrata había llegado a la Casa Blanca. Esa era justamente la intención de su padre: fundar una nueva dinastía americana. Para Joseph Kennedy ganar dinero, que era a lo que en principio se limitaban quienes no eran *Wasp*, nunca fue un fin en sí mismo. Aseguró que cada uno de sus hijos tuviera un patrimonio desde su nacimiento, de forma que pudieran sentirse libres para servir al interés público sin las necesidades y cautelas del común de los mortales. Pues lo que Joseph Kennedy admiraba y quería reproducir era una aristocracia, es decir, una familia que no solo ascendiese al máximo nivel, sino que se mantuviera ahí durante generaciones. Si la aspiración de los *Wasp* tradicionales era mantener un patriciado que aportase dirigentes al servicio público, Joseph Kennedy aspiraba a una dinastía global al estilo de Napoleón. Así como Napoleón, que procedía de la pequeña nobleza corsa, creó nuevas dinastías reales, cosa que ni los más importantes aristócratas europeos pensaron hacer, Joseph Kennedy, que era un americano de extracción irlandesa, fundó una dinastía con ambición de permanencia y tentáculos de una a otra costa, un logro por encima de las aspiraciones de los patricios de la Costa Este.

Esta corte sofisticada y mundana que llamaron Camelot fue un producto más del proceso de ingeniería social llevada a cabo por la aristocracia *Wasp* tras la Segunda Guerra Mundial. Ante el relevante papel que su país había de jugar, admitió que no podía aportar la gran cantidad de servidores públicos competentes que América iba a necesitar. Fue entonces cuando el presidente de Harvard, James Connant, decidió abrir las universidades de la *Ivy League* al talento con independencia del origen, mediante los llamados test de aptitud escolar (SAT). En una serie de libros y

artículos que tuvieron gran influencia, difundió la idea de que la obligación de las universidades de la *Ivy League*, en la segunda mitad del siglo XX, era la de aportar al imperio americano la mejor meritocracia, algo así como Oxbridge había hecho para el Imperio Británico.

En esa campaña citó al intocable Thomas Jefferson, lo que le permitía defenderse de los críticos de la derecha por su lenguaje conservador y de los críticos de la izquierda por las impecables credenciales demócratas del autor de la Declaración de Independencia. El presidente Jefferson había escrito a su sucesor John Adams:

Estoy de acuerdo con usted en que existe una aristocracia natural entre los hombres. Sus bases son la virtud y el talento. Considero esta aristocracia natural como el más precioso don de la naturaleza para la instrucción, la confianza y el gobierno de la sociedad. ¿No podemos decir que la mejor forma de gobierno es la que provee, de forma más eficaz la selección de esos *aristoi* naturales en los puestos de gobierno?

“La selección de *aristoi* naturales para los puestos de gobierno” era precisamente lo que las universidades de la *Ivy League* debían hacer ahora: sustituir a conformistas hijos de ricos *Wasp*, faltos de diligencia a la hora de dedicarse a tareas de gobierno y administración, por los hijos más inteligentes de otras minorías que, a cambio del privilegio de entrar en esas universidades, querrían pagar su deuda con la sociedad entrando en el mundo del servicio público.

En su ensayo sobre la aristocracia, escrito a mediados del XIX, Emerson la define como una clase eminente por las cualidades personales de sus miembros, que debería tener la influencia que le corresponde y que no podía ser hereditaria, pese al “inextinguible prejuicio que los hombres tienen sobre la trasmisión hereditaria de las cualidades”. La sociedad debería poder calibrar a sus individuos y situar al superior por encima del inferior, a fin de contar con los mejores administradores de la cosa pública, pero desgraciadamente no existe un *anthropometer* que permita

conformar esta clase dirigente. Pues ya tenemos el *anthropometer*, responde Conant un siglo más tarde: los test de inteligencia, junto con las universidades de la *Ivy League*, permiten dar cumplida respuesta a la manifestación del filósofo de que “las personas eminentes deberían tener la influencia apropiada”. Así que sería posible la creación de una aristocracia americana que tuviera, a diferencia de las otras, una base científica: no sería, como en la vieja Europa, una aristocracia del pasado, sino una aristocracia del futuro. En lo sucesivo todo americano tendría, además de los derechos y libertades que mencionaba la Constitución, el derecho a convertirse, según expresión de Jefferson, en un *aristócrata natural*. Habría títulos, naturalmente, pero no marquesados o ducados, sino BAs, MAs, PhDs. El mismo término pedigrí adquirió un nuevo significado. El ascendiente de Conant en las universidades de la *Ivy League* y en los círculos de influencia de Washington hizo que su plan se adoptara con tal rapidez y eficacia que en poco tiempo transformó por completo la estructura social estadounidense.

Tras medio siglo de implantación, es posible ahora ver los resultados de tal revolución educativa. Por una parte, consiguió un objetivo: los indolentes miembros de la clase dirigente *Wasp* fueron destronados y los más brillantes estudiantes de todas las razas tomaron su lugar. La teoría era que esta primera generación de *aristócratas naturales*, extraída de todas las capas sociales y culturales y que habían recibido la educación más privilegiada, no podía sino tener el más avanzado grado de virtudes cívicas sin los vicios de negligencia y autocomplacencia inherentes a toda clase hereditaria. Ya que no contaban desde su nacimiento con el acceso a los más prestigiosos centros universitarios, se sentirían obligados para con la sociedad que tanto les había dado.

Desgraciadamente las cosas no fueron exactamente así. Pues lo que las primeras generaciones de *aristócratas naturales* buscaron primordialmente eran los puestos mejor retribuidos de las grandes empresas. Los aristócratas *Wasp* habían pasado por sus etapas universitarias sin gran esfuerzo, compitiendo tal sólo con sus pares, y contaban con una tradición familiar y un respaldo patrimonial que les hacía más proclives a intentar dirigir la cosa pública. Mientras que de estos nuevos meritócratas no

era razonable esperar tal vocación. Además, el coste de estas universidades llevaba a muchos alumnos a un endeudamiento que no les permitía correr el azar de una carrera política. De modo que el gran proyecto de ingeniería social que Conant capitaneó en la postguerra para dar a los mejores y más brillantes americanos de toda raza o condición la oportunidad de servir a su país, acabó convirtiéndose una oportunidad para hacerse con los puestos mejor retribuidos y levantar grandes fortunas. Lo que fue estupendo para la movilidad social y la economía americana, pero no era lo que se pretendía. A finales del siglo XX aparecieron en algunas revistas académicas artículos preguntándose cuando el *old money* de los sesenta iba a ser sustituido por el *old brains*. Pues tras medio siglo de privilegiar a los más dotados con la mejor educación, ya iba siendo hora de que emergiese un nuevo patriciado, educado en las mejores universidades y dispuestos a continuar la tradición de servicio público. ¿Dónde están los Roosevelt, los Astor, los Cabot de este medio siglo de elección de los mejores? ¿Dónde las nuevas dinastías de dirigentes?

En los últimos años han visto la luz una serie de libros, ensayos y artículos reprobatorios de la nueva meritocracia y nostálgicos de la antigua aristocracia *WASP*.¹ David Brooks, en alusión a uno de estos libros, escribe en 2018:

Los intelectualmente mediocres y estirados aristócratas *WASP* tenían una condición de la que carecemos los meritócratas: una conciencia cívica, un sentido de pertenencia a una comunidad y a una nación con la que estaban en deuda, y una convicción de que la esencia de una vida digna de admiración es la generosidad de poner el interés de la comunidad por encima del propio.

Artículos y libros publicados entre 2017 y 2018, coinciden en que un sistema de selección basado en el talento debería haber conducido a una mejor administración y un mejor gobierno de la nación. Sin embargo, condujo a un crecimiento desmesurado de

1. Los libros en cuestión son *Tailspin*, de Steven Brill; *twilight of the elites*, de Chis Hayes y *The death of the common sense* de Philip Howard.

la desigualdad, una caída de la confianza en las instituciones, una disfunción gubernamental y una división social abrumadoras. Se ha creado, escriben estos ensayistas, una nueva aristocracia, aún más protegida y hereditaria que aquella a la que sustituyó, y sin ninguna de sus virtudes. Los autores se preguntan cómo tanto talento individual ha producido tan pobres resultados y cómo las universidades que intentaron acabar con la desigualdad han contribuido a consolidarla.

Uno de los argumentos expuestos es que la generación más inteligente y preparada de América ha aplicado su superioridad intelectual a sortear los controles de la administración, a influir en su beneficio en las medidas legislativas, a imaginar nuevos instrumentos financieros, a buscar el corto plazo y el bonus en las empresas en detrimento de un buen gobierno corporativo e incluso a dificultar el ascenso social a los recién llegados. La conciencia de que sus privilegios eran bien merecidos les hacía sentirse satisfechos e inmunes a todo compromiso social o corporativo.

Para el columnista David Brooks, la apuesta por el talento individual como único mérito ha comportado algunas consecuencias negativas, la primera de ellas una desmesurada fe en la inteligencia. Los más elevados coeficientes intelectuales favorecen el éxito en la carrera profesional, pero no son necesariamente la única condición requerida para el ejercicio del liderazgo cívico. Ni siquiera, quizás, sea la condición más importante. Pues han conducido a un narcisismo individualista y a una desconexión social. Si las viejas élites se volcaron en las instituciones públicas y fundaciones privadas, las nuevas las ven tan sólo como un lugar de paso para la carrera o el éxito individual. Este comportamiento incluye las sociedades privadas, desviadas de sus fines a largo plazo y de una prudente administración en busca del beneficio inmediato. La soberbia intelectual ha llevado a estos meritócratas a una falta de respeto por toda suerte de instituciones, con el consecuente deterioro de éstas.

Este es uno de los diagnósticos con el que coinciden varios textos, si bien difieren en las recetas, que no caben en este ensayo. Sí conviene destacar la nostalgia que respiran por la vieja aristocracia *WASP* y cómo se parece ese discurso al que en la vieja Europa se oye en las disertaciones y pláticas de las corporaciones nobiliarias. Asimismo, la idea que expresan estos ensayistas de

que la inteligencia está sobrevalorada recuerda la desconfianza que tantas veces ha despertado la agudeza intelectual en el mundo aristocrático.

La comparación entre la vieja Inglaterra y la nueva América en los años sesenta es paradójica. Mientras que en Inglaterra de la postguerra el igualitarismo iba permeando la sociedad y más tarde la educación, América se enfrentaba a los desafíos de su tiempo intentando crear una *aristocracia natural*. Es decir, mientras Inglaterra confiaba su destino en las masas, América lo hacía en las élites. A la vez, mientras que en los círculos intelectuales americanos se manifestaba una nostalgia por la antigua cultura *Wasp* y se lamentaba su veloz eclipse, en Inglaterra se criticaba acerbamente lo que quedaba del viejo *establishment* y se exigía su desaparición. En Inglaterra el ministro Anthony Crosland publicaba *El futuro del socialismo* y en América Andrew Hacker se preguntaba para cuándo el nuevo patriciado. Tal como había predicho Toqueville hace casi dos siglos.

Enarcas para Francia

También la Francia de la postguerra intentó *democratizar* el acceso a la alta administración, hasta entonces dominada por las clases altas, y atraer a la misma a las mejores cabezas del país. Así, en 1945, el general De Gaulle y el secretario general del Partido Comunista Francés, Maurice Thorez, fundaron la *École Nationale d'Administration*. El objetivo era, en palabras del actual presidente del *Cercle de L'ÉNA*, “romper las castas hereditarias que ocupaban esos cargos por sus conexiones familiares y sociales”, y reclutar y formar para el servicio público a los mejores estudiantes con independencia de su condición.

La *École Nationale* se convirtió en pocos años en la más prestigiosa escuela de formación de élites dirigentes de Francia. Desde la creación de la V república en 1958 han sido *enarcas* tres jefes de estado y siete primeros ministros, amén de un enorme porcentaje de altos cargos en la administración, y la mitad de los presidentes de las doscientas empresas más importantes del Francia. En una población de sesenta millones esta academia de élite prepara a unos pocos cientos de alumnos para la vida públi-

ca y la administración del Estado. Al ingresar son considerados funcionarios del Estado y como tales reciben un salario durante cuatro años. A cambio, deben dedicarse a servir los intereses de Francia durante seis años más.

La ÉNA pretende ser, más que una escuela de tecnócratas, una escuela de estadistas que gobierne bajo un código ético. Esta unidad y cohesión sólo puede darse en un grupo reducido que comparta, no sólo los mismos códigos de trabajo, sino también los mismos valores personales y familiares. En fin, una élite social además de profesional. Procedentes de la alta burguesía, sucesivas generaciones de *enarcas* han tejido una red de funcionarios que comparten una tradición de servicio en la cosa pública. Ciertamente la carrera está abierta a todos los ciudadanos, pero en la práctica la entrada está controlada mediante una serie de entrevistas y tests de carácter y cualificación personal que se añaden a los competitivos exámenes.

Desde su fundación en 1945, la ÉNA ha graduado a seis mil funcionarios, de los cuales cuatro mil quinientos continúan en activo. Una encuesta de las promociones entre 1983 y 2009 muestra que un veintidós por ciento de ellos ha trabajado temporalmente en la empresa privada para volver al servicio del estado y tan sólo un ocho por ciento han dejado definitivamente el servicio público para quedarse en el sector empresarial privado. Estas cifras revelan su capacidad para atraer a los mejores talentos de Francia al servicio pública en competencia con el campo mejor remunerado de la empresa privada. Al trabajar temporalmente en el sector privado, además, aportaban al mundo de los negocios de Francia los principios y obligaciones en que habían sido educados. Al menos esa era la teoría.

Como era de esperar los *enarcas* tienen un alto concepto de sí mismos. Esa arrogancia condujo a una campaña contra la ÉNA a finales de los ochenta, tras unos abusos y corrupciones en que algunos de ellos se encontraban implicados. De inmediato políticos y parlamentarios de todos los partidos criticaron acerbamente el exclusivismo y soberbia que exhalaba la escuela y muchos sugirieron que fuera abolida, o, peor aún, convertida en una escuela de negocios. Llovieron las acusaciones de que se habían convertido en la nueva nobleza francesa, de que habían

creado un mandarinato como no se conoce en ninguna sociedad occidental, de que la proporción de *enarcas* de modesto origen había descendido de casi un treinta por ciento en los años 50 a un nueve por ciento en 2002.

Tanto Mitterrand como Chirac prometieron atender estas demandas y estudiar reformas de modo que la escuela fuera menos remota e impersonal, en fin más aceptable para el entorno que sufría la displicencia de los *enarcas*, pero al final no se hizo nada relevante. Pues la soberbia y condescendencia que muestran apelan a la ciudadanía francesa, que gusta que estén revestidos de dignidad en su apariencia externa y manifestaciones y no ven la necesidad de que sus más brillantes ciudadanos pretendan ser como los demás. Prefieren unos líderes que guarden la distancia y no intenten seducir, que muestren autocontrol y la necesaria altivez.

De modo que en el siglo XXI, mientras que en el Reino Unido se critica lo poco que va quedando de la tradicional participación de la aristocracia en la política y en América se critica el abandono de sus obligaciones cívicas por parte de su élite mejor preparada, el poder de los *enarcas* en Francia no ha dejado de crecer. Si en el Reino Unido se critica a los *etonians* que ocupan la administración, esto no es nada comparado con la ocupación, por parte de los *enarcas*, de la mayor parte de los puestos relevantes de la administración francesa, de las empresas públicas y de muchas multinacionales que no conciben fichar a un francés que no haya pasado por la ÉNA. Al menos por ahora.

En fin, parece que no está claro quiénes son *los mejores* para servir al estado, qué preparación es la más adecuada o cuál debe ser la combinación entre inteligencia, conocimiento y valores. Universidades y escuelas han llenado los huecos que iba dejando la saliente aristocracia, hasta el momento actual, en que el rechazo al servicio público ha convertido en estéril todo intento de formación de una clase dirigente, o simplemente de aportar los más cualificados a la vida pública.